

Artículos seleccionados

La organización racional del holocausto¹

Alberto Rosé y José María Serbia*

Fecha de recepción:	21 de diciembre de 2016
Fecha de aceptación:	25 de julio de 2017
Correspondencia a:	Alberto Rosé y José María Serbia
Correo electrónico:	titoenelsur@hotmail.com

*. Docentes de las materias "Estado y Políticas Públicas" y "Política Social" dirigida por el Lic. Mariano Martínez de Ibarreta en la Carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Resumen:

El proceso de racionalización en las sociedades occidentales modernas produce una optimización de los procesos de dominación política y económica, a través de procedimientos estandarizados, calculables y formales, más allá de cuales sean los fines o los valores que los impulsan. Este proceso en la ordenación de un régimen político y de la gestión gubernamental no está presente en la cosmovisión (valores, ideales, creencias) que orienta su organización y los comportamientos sociales consecuentes, sino en el grado de calculabilidad y de evaluación implícitas en la significación de tales modalidades políticas y sociales. La racionalización se presenta en la experiencia del nazismo como pocas veces en la historia. La racionalidad instrumental desplegada burocráticamente en el exterminio de millones de personas resultó de la materialización de una acción sistemática y consistente orientada hacia los valores de la superioridad germana y de la preeminencia de la raza aria.

Palabras clave: Racionalización - Holocausto - Dominación política.

1. Agradecemos la atenta lectura y los comentarios de la Lic. Carmen Lemos y de Verónica Seip.

Summary

The process of rationalization in modern Western societies produce an optimization of the processes of political and economic domination, through standardized, calculable and formal procedures beyond what the purpose or values that drives them. This process in the management of a political regime and government management is not present in the worldview (values, ideals, beliefs) that guides the organization and the consequent social behaviors, but in the degree of calculability and implicit significance assessment such political and social arrangements. Rationalization occurs in the experience of Nazism as rarely in history. Bureaucratically instrumental rationality deployed in the extermination of millions of people resulted from the realization of a systematic and consistent value-oriented action of German superiority and the supremacy of the Aryan race.

Key words: Rationalization, Holocaust, Political domination.

“...el Holocausto se inició y llevó a cabo en nuestra sociedad racional moderna en una etapa muy alta de la civilización y en un época cumbre de la cultura humana (...) propongo que tratemos el holocausto como una prueba rara, aunque significativa y fiable, de las posibilidades ocultas de la sociedad moderna”.

Zygmunt Bauman
Modernidad y Holocausto.

Introducción

En la vida diaria se utilizan las palabras racional y racionalidad para designar a personas equilibradas y confiables, a comportamientos sensatos, a la cordura en contraposición a lo irracional, que se asocia en cambio a la demencia o al delirio. Para elaborar este texto asociamos el concepto de racional a aquellos hechos, comportamientos o pensamientos configurados bajo el uso de la razón metódica y el pensamiento sistematizado, presentando así una coherencia o lógica interna. Una aproximación al concepto de racionalización desde la sociología de Max Weber (1864-1920) permite enlazar el término a los comportamientos que descansan en procesos subjetivos de calculabilidad, y en la aplicación de procedimientos, a partir de datos empíricos fiables para tomar decisiones previendo sus consecuencias.

El admirado sociólogo alemán realiza en su extensa obra, una taxonomía del término racionalización, muchas veces contradictoria y siempre compleja. Desde su perspectiva, en el capitalismo occidental, los criterios de comportamiento y de organización social basados en la

racionalidad instrumental, aquella que es el fruto de la evaluación calculada entre medios y fines, y que desemboca en organizaciones burocratizadas, son claves para lograr los objetivos buscados (la acumulación diría Marx) con elevada eficacia, control y eficiencia en cualquier tipo de organización que funcione a gran escala. El análisis de la burocracia, como instrumento de organización ineludible tanto en la esfera privada empresarial como en la del Estado, es vital en el pensamiento weberiano.

La racionalización en occidente implica una optimización de los procesos de dominación política y económica, a través de procedimientos estandarizados, calculables y formales, más allá de cuales sean los fines o los valores que los impulsan. El funcionamiento de la racionalización en la ordenación de un régimen político y de la gestión gubernamental no está presente en la cosmovisión (valores, ideales, creencias) que orienta su organización y los comportamientos sociales consecuentes, sino en el grado de calculabilidad y de evaluación implícitas en la significación de tales modalidades políticas y sociales. Un gobierno democrático requiere necesariamente para su materialización del sustento de procedimientos burocráticos para la supervisión, control y la evaluación de sus mecanismos de participación, pero la burocracia también puede estar presente detrás de un régimen político que pretenda ser eficaz y ordenado en el cumplimiento de sus objetivos aunque tenga como norte moral al racismo y el exterminio de los seres humanos.

La burocracia como instrumento organizacional es la columna vertebral de la dominación racional legal, va

a ser definido y analizado hasta el último detalle por Max Weber, quien afirma que este aparato administrativo podrá servir con eficiencia a cualquier amo, sea éste democrático o todo lo contrario. La democracia y los procedimientos necesarios para mantenerla requieren indefectiblemente de una burocracia que funcione en armonía con los presupuestos de un orden impersonal legal, pero la relación inversa no se cumple, ya que la burocracia puede servir a proyectos que aborrecen y combaten el “ethos” democrático.

El presente artículo, tiene como eje central el concepto de racionalización a partir del complejo planteo de Max Weber, aplicado a un período histórico nefasto de la historia contemporánea, como fue el régimen nazi alemán. Nuestro interés es presentar una visión sobre la racionalización que sustentó el proceso aniquilatorio por parte del Estado alemán, en su período nacional-socialista, de millones de personas (la población judía, parte del pueblo romaní, los homosexuales, los minusválidos, los enfermos psiquiátricos irrecuperables, los prisioneros de guerra, los opositores políticos, los Testigos de Jehová) a través de instancias burocráticas que funcionaron en base a procedimientos calculables y protocolos sujetos a reglamentaciones formales. En este texto abordaremos cómo la burocracia, instrumento imprescindible para alcanzar fines de forma calculable y controlada, pudo desarrollarse y gestionar procedimientos estandarizados a partir de valores que defendían el exterminio de poblaciones enteras, e ideales que aborrecían los sentidos básicos que hacen a la humanidad. Nos ocuparemos de la mayor tragedia humana del mundo moderno, el Holocausto en la Alemania Nazi, describiendo cómo ese proceso eliminacionista a gran escala requirió y se vertebró a partir de prácticas burocráticas que lo caracterizaron. A partir de todo ese universo criminal nos ocuparemos en éste trabajo de vincular el proceso racionalizador con la persecución y asesinato de la población judía.

Racionalización en Weber

La obra sociológica de Max Weber es una referencia ineludible para analizar la configuración de las subjetividades en un marco social, político y económico apoyado en el funcionamiento de grandes organizaciones. Uno de los núcleos centrales de la obra de Max Weber (1864-1920) es la expansión e inevitabilidad de un proceso de racionalización sostenido por formas burocráticas de gestión de la vida social, política y económica. La racionalización para este autor es un fenómeno que ha estado presente en diferentes contextos y momentos histó-

ricos, aunque en ninguno de estos adoptó el desarrollo alcanzado en el occidente moderno. Desde su perspectiva las sociedades son realidades históricas constituidas por diferentes entramados de relaciones sociales, que en el caso del capitalismo se distinguen por vertebrarse a través de formas burocráticas, fundamentalmente en el orden político y jurídico. Estas modalidades de organización racionalizan los comportamientos de los sujetos que las integran, conformando además, un estilo de vida. Weber no comparte la metáfora orgánica que es clave en la visión positivista de la sociedad, desde su óptica, aquella no es una totalidad integrada, ya que no posee una unidad articulada y organizada alrededor de un conjunto compacto de valores consensuados.

Weber considera que la realidad es infinita e inabordable para quien pretenda conocerla integralmente como una totalidad. El sociólogo nacido en Erfurt plantea que los fenómenos sociales son multicausales y que deben enfocarse desde diferentes perspectivas para alcanzar una visión más acabada de lo que se pretende conocer. Desde la perspectiva weberiana no hay criterios universalmente válidos para organizar el sentido de la existencia; la justificación de una determinada moral supone una decisión sobre un cosmos infinito de sentidos y valores. Los valores, ideales o creencias son un asunto sobre lo que la ciencia o la técnica no pueden decidir, lo que si puede establecerse es qué consecuencias probables implicaran la aplicación de ciertas decisiones o la consecución que ciertos valores o fines tienen sobre comportamientos o decisiones específicas. No existe para Weber ninguna posibilidad de consagrar racionalmente una ética universal, ya que considera que los ideales son vivenciados como sagrados para aquellos que comparten una época cultural o una forma de vida. Estos ideales se reafirman en competencia con otros compartidos por otras personas que a su vez los consideran sagrados, para Weber, no hay un progreso o camino hacia una ética mejor o superadora de las anteriores.

“Algo no es en sí mismo “irracional”, sino que se vuelve así cuando es examinado *desde un punto de vista específicamente “racional”. Toda persona religiosa es “irracional” para cualquier persona no religiosa, y del mismo modo todo hedonista ve cualquier forma ascética de vida como “irracional”, aún cuando considerado en términos de sus valores fundamentales, una “racionalización” haya tenido lugar” (Weber, 1998).

Para el enfoque del autor de Economía y Sociedad la ciencia y el pensamiento técnico no pueden proveer

de un criterio estandarizado, medible o calculable para discernir si una constelación de valores es superior a otra, ya que estos no pueden validarse ni justificarse científicamente. En tanto sistema experto apoyado en la confiabilidad técnica especializada, la ciencia no puede afirmar racionalmente como se debe vivir, lo que debe hacerse o cual es la moral más indicada a seguir. Solo puede realizar diagnósticos, establecer factibilidades y analizar las consecuencias de determinadas decisiones. Así, desde el análisis científico no se puede decir si una ética es mala o buena, mejor o peor que otra, las técnicas utilizables no permiten evaluar la superioridad racional de una serie de valores por sobre otros. En esta perspectiva, la ciencia sólo debe remitirse a describir lo existente, puede establecer qué realidades posibles pueden materializarse como consecuencia de ciertas condiciones y a partir de ciertas decisiones o siguiendo cierto conjunto de valores.

“Quien intentaría refutar científicamente la ética del sermón de la Montaña? ¿Por ejemplo, la frase, no resistas el mal o la imagen de ofrecer la otra mejilla? Y, sin embargo, está claro que, desde un punto de vista mundano, se trata de una ética de conducta indigna; es preciso escoger entre la dignidad religiosa que confiere esta ética y la dignidad de conducta viril, la cual aconseja algo completamente distinto: resiste el mal o compartirás la responsabilidad de un mal arrollador. De acuerdo con nuestra postura esencial una cosa es el demonio y la otra es Dios, y el individuo debe decidir cuál es Dios para él y cuál es el demonio. Y lo mismo sucede en todos los órdenes de la existencia (...) es cierto, acaso, que haya alguna ética en el mundo que pueda imponer normas de contenido idéntico a las relaciones eróticas, comerciales, familiares y profesionales, a la relación con la esposa, con la verdulera, el hijo, el competidor, el amigo o el acusado” (Weber, 1985).

El concepto de dominación es un tipo particular de relación social central para comprender el proceso de racionalización moderno, y fue definido por Weber (2012) como una forma particular de ejercicio de poder, donde se produce la obediencia de los dominados ante los mandatos de los que ejercen la dominación; debido a que la instancia de dominación se halla legitimada por algún tipo de creencia de los dominados en alguno de los tres tipos de fuentes de validez de la dominación, como el carisma, la tradición o el orden racional legal. El concepto de irracionalidad en la perspectiva weberiana

remite a sentidos o cosmovisiones caracterizados por la ausencia de una lógica, la incalculabilidad y la incommensurabilidad. Weber plantea que el gran problema de las civilizaciones es dar sentido a la irracionalidad de la existencia humana, esto lo lleva a plantear que el crecimiento de la racionalización depende del impulso de fuerzas irracionales (valores, creencias ideales o estados emocionales) y que toda modalidad de dominación descansa en el plano irracional en las creencias de los dominados hacia un mundo de valores intereses y finalidades. Desde esta dimensión se origina la fuerza que posibilita la legitimación y que orienta la obediencia que traduce la dominación.

Max Weber distingue la dominación de aquellas relaciones de poder basadas en la fuerza, ya que aquella involucra una relación social asimétrica en la que se produce la probabilidad de que una de las instancias de la misma pueda ser obedecida por la otra, y esto implica la voluntad de acatamiento del dominado de los fines impuestos como si hubieran surgidos de su propia voluntad. Para que haya dominación debe haber una persona o un grupo que la ejerza, la voluntad de estos de establecer su influencia y mandatos que expresen esta voluntad además de una persona o un grupo sobre el que se ejerce la dominación, en donde impere la creencia en la validez del mandato, y la consecuente voluntad de obedecer.

El concepto de dominación se desarrolla en un esquema de tipos ideales, que es una herramienta de análisis que no representa la realidad, sino que supone un conjunto de abstracciones conceptuales dirigidas a desencadenar el contraste y el análisis con la realidad empírica. Weber establece los tipos de dominación según que las creencias de los dominados se oriente hacia alguna de las fuentes de legitimación: carisma, tradición u orden impersonal legal. El esquema de tipos ideales weberiano de dominación clasifica a la misma en carismática (basada en el carisma de un líder y en la ausencia de reglas o de estructuras normativas y administrativas), tradicional (establecida a partir de un orden “sagrado” con reglas de gran laxitud provenientes de un pasado remoto incuestionable) y racional legal (fundamentada en un conjunto de reglas formales, abstractas e impersonales). Toda dominación requiere de un cuadro administrativo (grupo específico de personas bajo el poder de mando) que ejecute los mandatos, y entonces en cada tipo de dominación varían las características del mismo.

La burocracia, es el cuadro administrativo de la dominación racional legal, se materializa en una estructura es-

calonada piramidalmente del personal en ámbitos específicos, jerárquicos (quien se encuentra en la cúspide de esta cadena de mando posee limitaciones en el ejercicio de la misma sobre los subordinados a partir del orden legal racional estatuido), integrados y coordinados de tareas establecidas de forma rigurosa y específica a través de reglamentos, con autoridades correspondientes a cada nivel (en donde los funcionarios superiores controlan por medio de procedimientos preestablecidos a los inferiores) que funcionan a través de una ordenación objetiva en coherencia con las metas organizacionales. Max Weber considera a la burocracia como la “dictadura del saber” debido a que el reclutamiento del personal en los diferentes cargos se concreta a partir del saber certificado o probado en la práctica y en el cumplimiento de la función requerida.

“En la administración estrictamente burocrática, los siguientes aspectos alcanzan el punto óptimo: precisión, rapidez, falta de ambigüedad, conocimiento de los expedientes, continuidad, discreción, unidad, estricta subordinación y reducción de las fricciones y de los costos materiales y de personal. La burocratización ofrece sobre todo una posibilidad óptima para poner en práctica el principio de la especialización de las funciones administrativas siguiendo consideraciones puramente objetivas (...) el cumplimiento objetivo de las tareas significa ante todo que las mismas se llevan a cabo según unas normas calculables y sin tener en cuenta a las personas...” (Weber, 2012).

En el funcionamiento burocrático las actividades exigidas a partir de los objetivos de la organización se distribuyen de forma estable y delimitada rigurosamente a partir de las órdenes de una autoridad superior que dispone de los medios normativos y los recursos de coacción para que las tareas se cumplan en tiempo y forma. Las acciones burocráticas no se basan en la espontaneidad ni en la improvisación de sus miembros sino que sus tareas están configuradas y regularizadas de antemano; los subordinados no obedecen a una persona en particular sino al cargo, ya que la cadena de mando es impersonal. La responsabilidad de las decisiones descienden de arriba hacia abajo al igual que la supervisión de las tareas encomendadas. Las actividades del personal burocrático son llevadas adelante gracias a la provisión de medios materiales que son propiedad de la organización.

La remuneración del personal burocrático es a través de una retribución monetaria fija y escalonada de acuer-

do a la posición en la jerarquía de la organización, por ello, Weber (1991) afirma que la economía monetaria es un supuesto de la existencia de la burocracia, ya que es a través de ella que se posibilita el cálculo racional de ganancias y pérdidas del capital, la instrumentación de la producción y la determinación de las necesidades del mercado. Desde el planteo del tipo ideal constituido para esta concepción de dominación, los vínculos entre los miembros de la estructura burocrática son impersonales y se hallan configurados a partir de la reglamentación del orden organizacional. Este cumplimiento normal y continuado de los deberes junto con el ejercicio de los derechos correspondientes a cada cargo remite a un sistema de normas que prescribe el tipo de calificación exigida para cada cargo y sus tareas correspondientes.

Aunque la racionalización moderna es considerada por Weber (2012) como una modalidad histórica en la que se organiza la dominación de las sociedades capitalistas se trata de un concepto que puede aplicarse a una serie de ámbitos muy diversos. Puede remitir a fines de índole disímil o a valores diametralmente opuestos. Por ejemplo, procesos de racionalización estuvieron presentes en el desarrollo de las grandes religiones. En Occidente el impulso estuvo inicialmente organizado bajo los principios éticos proveniente del protestantismo, posteriormente, el mismo se fue diluyendo permitiendo una creciente fragmentación de sentido integrada únicamente por los principios de la mercantilización. El concepto de racionalización entendido como incremento en la aplicación de procesos intelectuales metódicos, provistos de coherencia y con aplicación de lógica adquirió una peculiaridad única en las sociedades occidentales modernas (gracias a las técnicas de cálculo, el desarrollo científico y una disposición subjetiva predispuesta para ello) pero que puede ser entendido de formas diversas y ha sido concretado en ámbitos muy diferentes a través de la historia.

Kalberg (2007) establece que, a partir de los escritos de Weber, pueden distinguirse cuatro tipos de racionalidad, la racionalidad sustantiva, la racionalidad formal o instrumental, la racionalidad práctica y la racionalidad teórica. Las dos primeras son las que interesan para el desarrollo de este trabajo. La racionalidad sustantiva se materializa en comportamientos significativamente orientados para cumplir de forma coherente con valores éticos o creencias internalizadas que suponen una evaluación metódica de los actores sobre cómo articular el comportamiento con alguna referencia valorativa. Esta orientación social se manifiesta en acciones ligadas

sistemáticamente con regulaciones y parámetros normativos determinados por ideales, creencias y valores, como el deber, la decencia, la honorabilidad o la fidelidad a una nación. Los valores representan guías que orientan la conformación del sentido de las acciones, la racionalidad aquí consiste en el ajuste consistente de los comportamientos y las relaciones.

"...la racionalidad sustantiva ordena directamente la acción en patrones. Lo hace, sin embargo, no puramente en base a un cálculo de medios-fines acerca de las soluciones ante problemas rutinarios, sino en relación a un "postulado de valor" pasado, presente o potencial. No simplemente un valor singular, como puede ser una evaluación positiva de la riqueza o del cumplimiento del deber, sino un postulado de valor que implica conjuntos enteros de valores que varían en lo que abarcan, en su coherencia interna y en su contenido. Luego, este tipo de racionalidad existe como una manifestación de la capacidad inherente al hombre para la acción racional con arreglo a valores" (Kalberg, 1977).

La racionalidad formal o instrumental supone que la orientación de sentido de los comportamientos no busca arribar al cumplimiento de un valor sino de un fin determinado, cualquiera sea este, a partir de un conjunto de prescripciones técnicas o reglas abstractas que garanticen la eficiencia en el procedimiento. La dominación racional legal se efectiviza a través de la burocracia forjando este tipo de racionalización, en donde predomina un tipo de acción que resulta de la obediencia de disposiciones, cánones y criterios abstractos e impersonales, como resultado de una consideración analítica para la elección de los medios más convenientes para el cumplimiento de los mismos, las acciones ajustan a protocolos de comportamiento establecidos como los medios más precisos y eficientes para resolver dificultades que habitualmente surgen en el devenir de las organizaciones.

"... la racionalidad formal legitima fundamentalmente un cálculo racional con arreglo a medios-fines similar, pero referenciándose en reglas, leyes o regulaciones ya existentes y aplicadas universalmente (...) En la medida en que reina el puro cálculo en términos de reglas abstractas,

las decisiones se toman "sin consideración de las personas". Una orientación de la acción hacia reglas formales y leyes equivale a un rechazo a cualquier arbitrariedad: aquí el universalismo y el cálculo con relación a regulaciones aprobadas se ubican estrictamente en oposición a la toma de decisiones relacionada con cualidades personales de los individuos implicados" (Kalberg, 1977).

El proceso de racionalización en occidente implica la intelectualización de la vida, generando, según Weber, un "*desencantamiento del mundo*"², un devenir histórico posibilitado por la presencia del pensamiento científico, el empleo de la calculabilidad en los procedimientos, la búsqueda de un pensamiento sistemático y coherente. Estos factores han generado una modalidad despersonalizada de organizar la vida institucional, social y cotidiana. El desencantamiento del mundo es la disolución de las miradas mágicas sobre la realidad, como resultado de la pérdida de las visiones tradicionales. Para Weber, la racionalización es una fuerza motriz de la historia, que está presente en las grandes civilizaciones del pasado, y en el capitalismo se caracteriza por un estilo de vida orientado a la maximización continua de la ganancia económica, por la progresiva burocratización de las instituciones, la separación en los ámbitos políticos, militares y económicos de quien ejerce una tarea y los medios a través de los que la realiza. El fenómeno de la racionalización en el occidente moderno tiene un recorrido singular generando una sociedad fuertemente burocratizada, basada en el funcionamiento de grandes organizaciones.

La simbiosis entre la racionalidad sustantiva y la racionalidad instrumental adquiere una peculiaridad coyuntural en la experiencia del nazismo como pocas veces en la historia. La racionalidad instrumental desplegada burocráticamente en el exterminio de millones de personas resultó de la materialización de una racionalidad orientada hacia los valores de la superioridad germana, de desprecio a las razas inferiores y a la preeminencia de la raza aria por sobre las otras. Así, la población alemana fue escolarizada, socializada políticamente y conducida desde el aparato gubernamental con el fin de que se incorporaran los valores sostenidos por el régimen. La concepción ética del Tercer Reich, que se puede caracterizar como sexista, discriminatoria, racista y materialista, se consolidó en las prácticas sociales en gran parte de la

2. El desencantamiento del mundo supone la visualización de la realidad a partir de conocimientos técnico científicos ocasionando en la población la pérdida de las visiones mágicas, reconfortantes o que brindaban seguridad ante los problemas terrenales, estas eran visiones que explicaban lo misterios de la existencia de una forma coherente o con un sentido supraterrrenal.

población alemana, como resultado de la efectivización coherente de una racionalidad sustantiva. Ideales, creencias y valores conformaron una concepción de la existencia que legitimó las acciones del nazismo, materializándose en políticas gubernamentales, conformando en militares y funcionarios una racionalidad instrumental o formal, que no cuestionó los principios éticos del régimen. Con respecto al cuidado de la pureza de la raza, el régimen consagró leyes que prescribían la esterilización de los deficientes, de los anormales, de los alcohólicos, de los ciegos, de los sordomudos, de los pobres y de todas las personas «racialmente inferiores», se estableció un «tribunal para la salud de la estirpe», con poderes incondicionales, sobre la base de la pertenencia a la raza aria, se decidía si se dejaba nacer o se abortaba un niño hasta el sexto mes de embarazo. En relación al matrimonio se precisaba de un certificado de «arianidad», que impedía las uniones conyugales con razas inferiores, las relaciones sexuales con personas de otras razas se convirtieron en delito que se perseguía penalmente. El proceso de racionalización en la experiencia nazi fue progresivo y no careció de incongruencias en comparación con lo establecido en el tipo ideal de dominación racional-legal weberiano.

“Para Weber, la racionalidad sustantiva y los procesos de racionalización basados en ella existen siempre con relación a puntos de vista o “direcciones” fundamentales: cada punto de vista implica una configuración de valores identificable que determina la dirección del potencial proceso de racionalización resultante. Así, no existe ningún compendio absoluto de valores “racionales” en cuanto conjunto de “estándares” perennes para “lo racional” y para los procesos de racionalización. En su lugar, lo que prevalece es un perspectivismo radical en el cual la existencia de un proceso de racionalización depende de la preferencia de un individuo, implícita o afirmada, inconsciente o consciente, por ciertos valores fundamentales y de la sistematización de su acción para adecuarse a dichos valores. Estos valores adquieren “racionalidad” sólo por la coherencia de sus postulados de valor. Similarmente, lo “irracional” no es fijo e intrínsecamente “irracional” sino que resulta de la incompatibilidad típico-ideal de una constelación de valores fundamental con otra” (Kalberg, 1977).

Para Weber el desarrollo del proceso de racionalización es irreversible, debido a la superioridad técnica de esta

modalidad para organizar la dominación, haciendo más eficiente el cumplimiento de los objetivos que ella se proponga. Los mecanismos burocráticos resultan en una maquinaria que permite el cumplimiento de tareas de forma continua, eficiente, veloz, controlada, calculable, eficiente en la reducción de costos materiales y de desacuerdos personales, superior en estos aspectos a cualquier otra forma de administración o producción. Weber considera que este aparato impersonal de funcionamiento al contrario de los órdenes carismáticos y tradicionales que se basaban en relaciones personales, de funcionamiento imprevisto e impreciso, resulta en un mecanismo de servicio para cualquiera que pudiese controlarlo y aplicables a cualquier orden o intento de organizar la vida social.

Para el gran sociólogo alemán la burocracia, es imprescindible en cualquier organización económica (en la elaboración de bienes y servicios a escala masiva) o política (en la administración del Estado y de los partidos políticos); desde su perspectiva, es tan imprescindible la adopción de esta forma organizativa que afirma que cualquier opción política de transformación radical no podría excluir de la gestión al aparato burocrático, por ello asegura que la revolución pretendida por el marxismo no desembocaría en una dictadura de la clase proletaria sino en una dictadura de una casta de funcionarios. Weber advierte que en el plano político la democracia necesita de la burocracia pero no a la inversa; la burocratización del Estado no implica, necesariamente, democratización en el funcionamiento político de la sociedad.

El aumento de la racionalización bien puede estar al servicio de valores no democráticos que empleen a la burocracia como un instrumento aceitado para sus valores y fines. La democracia y las formas burocráticas están íntimamente relacionadas, esta relación es de dependencia de la primera con respecto a las segundas, pero no a la inversa, ya que no se puede obtener, sostener y ampliar los derechos de ciudadanía sin que el Estado establezca y formule nuevas reglamentaciones burocráticas, pero si pueden existir formas burocráticas como garantía en la eficiencia de múltiples ámbitos y organizaciones no democráticos o regímenes políticos autocráticos.

“Durante sus largos años de permanencia en el poder, Bismarck eliminó a todos los estadistas independientes y sometió a sus colegas ministeriales a una estricta obediencia burocrática. Al dejar su puesto, comprobó con asombro que sus

colegas seguían administrando sus oficinas, impasibles y sin desfallecer, como si él no hubiese sido cerebro maestro y el creador de esas criaturas, sino más bien como si un simple individuo hubiese sido reemplazado por otro en el aparato burocrático" (Weber, 1991).

La burocratización, al descansar en procedimientos formales, abstractos e impersonales obstaculiza la injerencia de los vínculos personales en el funcionamiento de las instituciones, empresas, organismos estatales y sociales. La importancia de la relación cara a cara es marginal, las prácticas se materializan ante el número de reclamo o de expediente, las demandas personales no tienen lugar en la búsqueda de la estandarización de los comportamientos, los cuales carecen de una carga de responsabilidad en tanto se apeguen a la normativa. Una dinámica anónima e impersonal hace marchar a los engranajes de las maquinarias organizativas. La tristemente célebre categoría de "obediencia debida", empleada para justificar el exterminio de personas a partir de cuerpos burocráticos y de la administración ascética del papeleo que consolidó la eficiencia en los campos de concentración y de exterminio nazi, evidencian el lado más oscuro de la racionalidad procedimental.

Un gran aporte intelectual en la dirección de éstas líneas hace el historiador italiano Enzo Traverso (2003) cuando afirma que no debe asimilarse la experiencia del Holocausto con el despliegue de fuerzas irracionales, ya que el empleo de mecanismos impersonales de exterminio, como las cámaras de gas y los hornos crematorios, supuso un nivel elevado de deshumanización e instrumentalización técnica y administrativa de la muerte que encuentra precedentes en un contexto moderno y civilizado, "...el judeocidio no fue sólo una erupción de violencia bruta, sino una masacre perpetrada "sin odio", gracias a un sistema planificado de producción industrial de muerte, un engranaje creado por una minoría de arquitectos del crimen, puesto en práctica por una masa de ejecutores a veces afanosos, otras inconscientes, en medio de la silenciosa indiferencia de la gran mayoría de la población alemana, con la complicidad de Europa y la pasividad del mundo". El análisis que realiza Traverso de los antecedentes ontológicos del exterminio instrumentado por los nazis, es muy revelador al poner la mirada sobre el surgimiento de los dispositivos de muerte en la civilización occidental. Para este autor la Revolución Francesa supuso un quiebre en las modalidades de ejecutar castigos que desplazó al verdugo de un lugar central en la acción material y simbólica (aún cuando se mantenía el carácter público que luego fue relegándose

a un escenario restringido). Este ejecutor que tenía en la acción física del despliegue de su hacha la responsabilidad ceremonial punitiva de reforzar el orden social, fue desplazado a ejecutar secundariamente un rol de asistente de una maquinaria en una ejecución serializada, mecanizada e impersonal que se impuso como parte de un sistema abstracto de ejercer y ejecutar imparcialmente la justicia, "...el temible verdugo con su hacha real salió de escena; una máquina asumió su antiguo papel, él se transformó en su apéndice, técnico y obrero. El nuevo símbolo de la justicia democrática era un dispositivo técnico para matar". Traverso establece que cuatro profesionales se hacen necesarios en este nuevo dispositivo de ejecución: el médico (quien supervisa físicamente antes y después al reo), el ingeniero (quien se encarga del mantenimiento y la supervisión de los mecanismos de funcionamiento de las maquinarias implicadas), el juez (quien decide penas y castigos) y el verdugo o ejecutor distante, relegando su tarea a apretar un botón o una perilla de un instrumento que mediatiza su antigua tarea. Esta profesionalización de la muerte implicó una deshumanización de la misma a partir de la intromisión de la técnica.

"La guillotina marca el primer paso hacia la serialización de las prácticas de matar; Auschwitz constituye su epílogo industrial fordista del capitalismo" (Traverso, 2003).

La Primera Guerra Mundial es señalada por Traverso (2003) como un hecho vital en el desarrollo del taylorismo aplicado a la guerra. El ejército es homólogo a la fábrica, donde el soldado luchaba planificadamente así como el obrero producía en su cadena de montaje; su impronta personal se reducía a intervenciones distantes del enemigo a partir de una acción de disciplina impersonal, racional, planificada y mecanizada dentro de estructuras de mandos jerárquicos burocratizados. Así como en la empresa los responsables de la dirección no trabajaban en la línea de montaje y su tarea se restringía a la dirección, programación y evaluación de las tareas de los cuadros inferiores, en la guerra se producía una situación similar, donde los altos mandos, dejaban de llevar armas ya que su tarea no era matar sino planificar las acciones de destrucción del enemigo en el menor tiempo y con los menores costos posibles. El perfeccionamiento en la cronometrización de los tiempos y la disponibilidad precisa de los espacios y los desplazamientos fue vital para la planificación bélica. Progresivamente, la destrucción del enemigo en el conflicto bélico fue el resultado de una acción maquinales en lugar de ser la consecuencia de enfrentamientos personales, "...el

enemigo se deshumanizaba y se volvía invisible, estaba próximo pero permanecía oculto en su trinchera (...) en las memorias de los ex combatientes, el carácter anónimo del enemigo era descrito a menudo como una experiencia aterradora. La guerra contra estos enemigos imperceptibles introdujo una ruptura antropológica que reveló a su vez una nueva percepción de la vida humana: premisa esencial para los genocidios venideros”.

Racionalidad y holocausto

Leer estas dos palabras yuxtapuestas remite de inmediato a pensar en un oxímoron, ¿es que acaso puede pensarse lo racional en medio de la tragedia más colosal de la humanidad provocada por el hombre en el siglo XX? Ocurre que no solo se puede, es imprescindible hacerlo para intentar entender lo que ocurrió. El Holocausto es un fenómeno moderno, concretado a partir de políticas de Estado, y requirió de una exhaustiva racionalidad instrumental para ser llevado a cabo. La estructura burocrática estatal destinada a la implementación eficaz con el menor costo posible supuso un orden legal formal que organizó y despersonalizó las tareas de cientos de funcionarios. Así, es posible que Rudolf Hoess, comandante de Auschwitz, pueda decir, según cita Enzo Traverso (2001) en su extraordinario libro *La Historia Desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, que “...no debía reflexionar; debía ejecutar la consigna. Mi horizonte no era los suficientemente amplio para formarme un juicio personal sobre la necesidad de exterminar a los judíos”.

Declaraciones como ésta, manifestadas por asesinos inhumanos puestos a burócratas abundaron en los juicios donde se revelaron sus atroces responsabilidades; la referencia permanente a la obediencia a un orden superior tal cual describe Max Weber a la burocracia moderna, con la cual se debe cumplir llevaba a este tipo de expresiones lindantes con la locura. En todas las etapas que llevan al exterminio tiene un lugar privilegiado e ineludible la huella del cálculo racional, pues la existencia de un ordenamiento preciso del procedimiento para llevarlo a cabo, esta siempre presente.

El trasfondo ideológico que sostiene la tragedia, es el antisemitismo que debe adaptarse al orden moderno y evolucionar desde sus formas antiguas vinculadas a lo religioso hacia las formas modernas asociadas a la raza. Esto nos permite entender por qué la masacre ocurrió en este momento histórico y no antes cuando la persecución al pueblo judío es de data milenaria. ¿Por qué los prejuicios antisemitas diseminados por Europa hicieron eclosión en el eliminacionismo del Holocausto y nunca antes? Pues porque el antisemitismo moderno es racista³ y entonces se transforma en un estigma indeclinable, no hay conversión posible que salve la situación.

Los nazis, con Hitler como ideólogo y con el Estado alemán como soporte, le agregaron el antibolchevismo y la eslavofobia, tópicos que ayudaron a dar sostén a la persecución y el asesinato sistemático de las dos terceras partes de los judíos europeos y a un tercio de la población judía mundial. Así nos lo explica Saúl Friedländer (2006) un magnífico historiador checo, “*El pensamiento racista como tal marca una diferencia fundamental entre el estereotipo antiguo y el estereotipo moderno del judío: mientras que para el antisemitismo de inspiración religiosa (antiguo), el judío aunque identificado con Satán y el Mal absoluto, podía convertirse en el “hombre nuevo” y salvarse abjurando del judaísmo y volviéndose cristiano, en la óptica racista no tiene salvación. Ni la conversión, ni las tentativas de asimilación a la sociedad ambiente, sustraerán al judío, malvado en su misma esencia, de la maldición inherente a su raza*”. Ahí está pues la nueva matriz del antisemitismo, asociada a un hecho irrenunciable como es la raza.

El tortuoso camino hacia Auschwitz requirió de una acabada serie de normativas legales y de procedimientos precisos organizados desde el orden legal estatal, en los cuales el cálculo de costos, pérdidas y beneficios necesitaba estimarse. No es el Holocausto una sucesión interminable de progromos⁴, medianamente espontáneos o alentados desde la dirección nazi; todo lo contrario, son contadísimos los hechos en los cuales el proceso eliminacionista discurrió fuera de los cauces establecidos por

3. Qué significa el sesgo racista del antisemitismo nazi? Para explicarlo elegimos un documento de época. El 10 de Abril de 1933, el embajador argentino en Alemania, Eduardo Labougle escribe al Canciller Carlos Saavedra Lamas sus impresiones sobre el antisemitismo nazi, y en una perfecta síntesis sostiene, “... la revolución nacional-socialista triunfante quiere subordinar todos los problemas políticos y sociales a la depuración de la raza, y puede decirse que el antisemitismo en el Reich, no procede de un sectarismo religioso, ni de lucha de clases, sino tiene por objeto eliminar de la actividad nacional todos los elementos que, no siendo de pura raza germánica, han sido asimilados hace tiempo por la cultura y vida alemanas”.

4. Progromo: exterminio multitudinario, de una población en particular, por motivos étnico, religioso, político o económicos, acompañado de la destrucción o el despojo de sus bienes personales.

la fría letra reglamentaria; el progromo más explosivo fue la llamada Noche de los Cristales Rotos, en noviembre de 1938, cuyas consecuencias para el régimen fueron muy desfavorables, ya que, provocó el rechazo de la opinión pública local y extranjera, y tuvo un impacto negativo en el comercio exterior germano. Goebbels, Ministro de Propaganda del régimen, principal impulsor de la infausta jornada, cayó en un cono de sombras y fue muy criticado por la burguesía industrial alemana que veía reducir sus horizontes comerciales tras la barbarie que alentó desde su Ministerio de Propaganda.

En una consecuencia poco conocida, las empresas aseguradoras se vieron obligadas a desembolsar enormes sumas de dinero para compensar los daños, y reaccionaron haciendo oír sus protestas al régimen ya que ese derrotero las llevaba a un seguro quebranto. Ciertamente es, también, que el colectivo judío alemán fue obligado a pagar 1000 millones de marcos alemanes en concepto de multa justificada por el régimen en el asesinato en París del diplomático Ernst von Rath a manos de un joven judío, Herschel Grynszpan, suceso que fue usado como justificación del ataque a la población judía. El progromo, significaba un costo económico extraordinario y el régimen no estaba dispuesto a correrlo; según un cálculo estimativo, matar a seis millones de judíos con este método irracional llevaría 200 años y un esfuerzo de propaganda imposible de sostener. Por eso, el Holocausto necesitaba de la herramienta de la racionalidad instrumental para garantizar una modalidad organizativa de alcance masivo orientada a la reducción de costos y tiempos de la tarea criminal.

Otro recurso clave del Holocausto, y que incrementa aun más su indescriptible crueldad fue la colaboración de las víctimas, (individual o colectivamente) hecho impensable en una orgía de violencia pero posible en el procedimiento científico y racional del Holocausto. David Engel (2006), historiador reputadísimo del Holocausto, establece la importancia en la tragedia de una organización integrada por judíos subordinada al régimen nazi, afirmando que “...en la mayoría de los países ocupados, los alemanes impulsaron a la población judía un cuerpo administrativo oficial, encargado de levantar un registro de todos los judíos, de sus propiedades, de hacer cumplir las órdenes alemanas y de mantener la salud, el bienestar y el orden entre sus correligionarios”.

Estos Consejos judíos (Judenrat) en los ghettos donde se concentraba la población israelita hicieron parte del trabajo de los nazis por eso aparecía ante los ojos de las

víctimas como un instrumento de la opresión alemana y no como un cuerpo de defensa de los intereses de los perseguidos. La discusión acerca del rol de los consejeros no ha terminado aún, pero lo que sin dudas es difícil de sostener es que no fueron parte del mecanismo del exterminio. No todos los consejeros reaccionaron igual, los hubo valientes y altruistas así como corruptos y colaboracionistas pero la institución Judenrat y la Policía Judía (que llegó a fusilar a otros judíos) estuvieron destinadas a facilitar y abaratar la aniquilación más allá de la voluntad de sus integrantes. La policía judía de los ghettos, infinitamente corrupta así como los comandos de tareas en los campos de concentración, trabajo y exterminio constituidos por judíos, (Sonderkommandos) también sirvieron para disminuir los costos del proceso aunque éstos últimos eran sólo víctimas, mientras la policía judía colaboró con la matanza.

A la violencia desmadrada del pogromo se opuso la barbarie calculada de la racionalidad aniquiladora implementada desde el Estado Alemán. Algunos dirigentes de los Judenrat, imaginaron estrategias para aplazar las matanzas, como la de demostrar el potencial económico del trabajo al que las poblaciones judías de los ghettos podían contribuir. En Bialystok, al norte de Polonia se logró bajar dramáticamente la tasa de mortalidad al demostrar sus dirigentes el papel trascendente que tenían en la producción industrial bélica. Leamos a Engel (2006) al respecto, cuando reproduce un acta del Judenrat de aquella localidad, “...nuestra ciudad ha conseguido vivir más o menos pacíficamente durante el último año...Nuestra misión es mantener esa situación y prolongarla hasta el final, que algún día llegara. Pero ¿cuáles son los medios a nuestra disposición...para lograrlo? No podemos decir ingenuamente: “*Queremos vivir; ¡tenemos mujeres e hijos(ya que)! No hay piedad. Hay un solo recurso; ¡los hechos! debemos convertir al gueto en un elemento valioso, demasiado valioso y útil para evitar su destrucción*”. De esta manera, las condiciones desesperantes a las que se sometía a la población de los ghettos impulsaron a las poblaciones internadas a contribuir con el esfuerzo de guerra alemán que tenía la finalidad de aniquilarlos. Imposible juzgar ucrónicamente qué hubiera sido mejor, si la sublevación o la colaboración, en ese ambiente de angustia y ausencia de futuro, lo cierto es que, la perspectiva de la supervivencia, llevó a multiplicar el esfuerzo que objetivamente redundó en beneficios para el enemigo.

Esa situación incluso, condujo en algunos casos, al abandono de ancianos, niños o adultos enfermos quienes no podían contribuir con el trabajo y fueron entregados

con el sacrificio de sus vidas para salvar la de aquellos que si servían como fuerzas de trabajo esclavas al esfuerzo de guerra alemán. En setiembre de 1942, Chaim Rumkowski, a cargo del Judenrat de Lodz entregó a la maquinaria criminal, los niños menores de 10 años, argumentando que era necesario *“amputar los miembros para salvar el cuerpo”*. Lo único que logró con esta crudelísima decisión fue aplazar por un tiempo el exterminio de la población del ghetto que conducía, como también el de su propia familia y la suya propia.

Raul Hilberg, el más certero y reconocido historiador del Holocausto va a dividir el proceso criminal en etapas sucesivas articuladas lógicamente entre sí. Las denomina **Definición, Expropiación, Concentración, Deportación y Exterminio**. En su desarrollo exitoso, la aplicación de los parámetros acordes a la racionalidad instrumental fue imprescindible. Para las víctimas del judeicidio todo empezaba por la Definición, proceso basado en leyes y reglamentos pergeñados por el régimen, que clasificaban a las víctimas marcadas para morir de acuerdo al grado de impureza de su sangre según los parámetros raciales definidos por las reglas nazis que se basaban en la práctica de la religión judía de sus progenitores o abuelos.

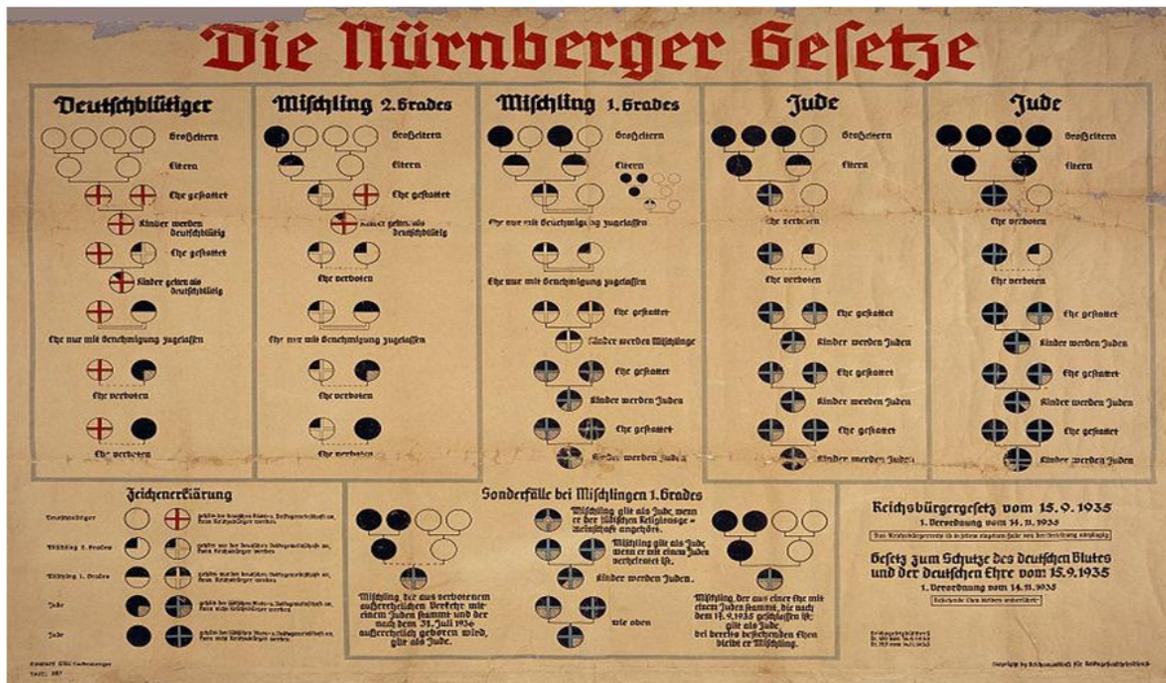
Según Hilberg (2002) *“... un proceso de destrucción consiste en una serie de medidas administrativas destinadas a un grupo definido. La burocracia alemana sabía de qué tenía que ocuparse: el objetivo de sus medidas eran los judíos. Pero ¿qué eran exactamente los judíos? ¿Quién pertenecía a ese grupo? La respuesta a esta pregunta tenía que establecerla un organismo que se ocupara de los problemas generales de la administración: el Ministerio del Interior (...)”*.

Presentamos a continuación, una ilustración de la época que muestra el esquema utilizado para el ordenamiento del destino de los señalados. La población se dividía en “aria” (sin ningún antepasado judío) y “no aria” que eran todos aquellos que tenían al menos un progenitor o abuelo judío. Esta última definición se vinculaba con la práctica religiosa del judaísmo o sea que no estaba basada en ningún criterio racial aunque se propagandizara como tal (las leyes que definían a los distintos grupos se llamaban “Leyes Raciales”). De esta manera, asociando la definición de judaísmo a la práctica de esa religión, los nazis sobrepasaron el escollo que dificultaba la definición precisa de las víctimas. Paradójicamente, el antisemitismo moderno nazi basado en el prejuicio racial necesitaba de la herramienta religiosa, que era el argumento xenófobo del antisemitismo tradicional y premoderno.

Entre las diversas categorías en que se clasificaba a la población, proceso que estaba guiado por reglas de precisión perfectamente definidas y detalladas, y que ubicaban en un ordenamiento exacto el destino de cada persona. Existía incluso una intermedia, los *mischingsles* (mestizos) o medio judíos quienes demostrando buena voluntad hacia el régimen podían ser premiados con un certificado que los liberaba de la pesada carga de ser futuros blancos de los nazis. Después de muchos intentos por clasificarlos se resolvió que *“solo contasen como judíos aquellos medio judíos que perteneciesen a la religión judía o estuvieran casados con un judío”* (Hilberg, 2002). Así, nada quedaba librado al azar y cada uno tenía predestinado el tratamiento al que el régimen del Estado Nazi aspiraba a someterlo.

En la definición de las víctimas, la burocracia debió lidiar aún con más problemas inesperados para poder ajustarse a las Leyes Raciales. En Alemania, antes de la locura nazi, abundaban los matrimonios mixtos (Hilberg aproxima la cifra a los 30.000), y como era esperable, los nazis lo resolvieron con una nueva clasificación burocrática que dividía a las parejas mixtas en “privilegiados” y “no privilegiados”, según tuvieran o no hijos, y de acuerdo a si estos últimos hubieran recibido o no educación judía. Esta es otra evidencia más de la necesidad de apelar a mecanismos racionales para obtener finalidades absolutamente reñidas con la razón.

En su forma definitiva, el método automático de división separaba a los “no arios” en las siguientes categorías: se definía como judío a todo aquel que 1) fuese descendiente de al menos tres abuelos judíos (judío pleno o tres cuartas partes de judío) 2) fuese descendiente de dos abuelos judíos (medio judíos) y a) perteneciese a la comunidad religiosa judía al 15 de Setiembre de 1935 o se uniese a la comunidad en fecha posterior, o b) estuviese casado con una persona judía al 15 de Setiembre de 1935, o se casase en fecha posterior con una persona judía, o c) fuese hijo o hija de un matrimonio contraído con una persona judía en sus tres cuartas partes o judía plena, o d) fuese hijo o hija de una relación extramatrimonial con una persona que fuese tres cuartas partes judía o judía plena y hubiera nacido fuera del matrimonio después del 31 de julio de 1936. Para determinar la categoría de los abuelos, se mantenía la suposición de que el abuelo o abuela eran judíos si pertenecían a la comunidad religiosa judía. Un método realmente paroxístico. La ilustración que acompaña éstas líneas muestra el cuadro clasificatorio. Como se ve, la clasificación es detalladísima, con el fin de no dejar duda alguna ni caso por resolver.



Una vez que la víctima estaba condenada por su condición racial se procedía a la **Expropiación** de sus bienes y de sus medios de vida. Las propiedades confiscadas eran prolijamente inventariadas y justipreciadas. La **Expropiación** estaba sostenida en un conjunto de decretos y leyes que alienaron a los judíos de sus propiedades y de la posibilidad de ejercer sus oficios y profesiones, provocando así su pauperización y haciéndolos sujetos de rechazo en casi todo el orbe cuando aun podían migrar. Poco a poco fueron perdiendo sus ahorros teniendo que destinar una parte ingente de ellos para sobornos circunstanciales o para adquirir alimentos en el mercado negro a precios exorbitantes.

El mundo, que aun transitaba las secuelas de la crisis de 1929, cerró sus puertas a la inmigración de estos nuevos parias escudándose en las penurias económicas que padecían sus sociedades. La solidaridad con el pueblo perseguido por parte de las naciones extranjeras, no fue moneda corriente, muy por el contrario. Cuando la emigración se impidió, a partir del año 42, eran pocos los países que habían incrementado significativamente su población judía, Argentina fue un país receptor, a contramano de la opinión más extendida y difundida en nuestra sociedad. Argentina se constituyó en el segundo país del mundo con mayor migración de judíos per cápita de su población. Incluso aquellos que ingresaron ilegalmente, con papeles falsos o sin registrarse en las fronteras no fueron deportados.

Día tras día el corpus de Leyes Raciales incorporaba una regla más para prohibir a los judíos el ejercicio de una

labor o una actividad profesional. A más leyes, a más prohibiciones, mayor incremento de la desesperación y la pobreza. Veamos, a continuación como ejemplo, solo las normas incorporadas en un puñado de días de la primavera de 1933.

“31 de marzo

El jefe de salud de la ciudad de Berlín suspende por decreto a los médicos judíos de los servicios de caridad de la ciudad.

7 de abril

La Ley para la Restauración del Servicio Civil Profesional (Law for the Reestablishment of the Professional Civil Service) excluye a los judíos del servicio gubernamental.

7 de abril

La Ley sobre la Admisión a la Profesión Legal (Law on the Admission to the Legal Profession) prohíbe que se admitan judíos en la profesión de la abogacía.

25 de abril

La Ley contra la el Congestionamiento en las Escuelas y las Universidades (Law against Overcrowding in Schools and Universities) limita la cantidad de estudiantes judíos en las escuelas públicas”.

También hay que recordar que el Estado Alemán no estaba solo en este proceso exterminatorio, ya que varios

países que caían en la esfera del dominio del III Reich y colaboraban con el genocidio, le pagaban a aquel Estado una cápita por cada judío que se incorporaba al proceso de exterminio; cada país tenía una tarifa que respondía al nivel de riquezas estimadas de la población judía local. La recompensa para estos Estados cómplices eran las propiedades y tesoros expropiados en el proceso.

Tras la **Expropiación**, se llevaba a cabo la **Concentración**, proceso que reunía a los señalados por el régimen en espacios físicos reducidos, lo que se traducía en menores costos de recursos humanos y materiales para vigilarlos. La etapa de la **Concentración** en los ghettos se llevó a cabo en condiciones de vida, alimentación e higiene absolutamente precarias, que favorecieron los brotes epidémicos que facilitaron y abarataron el costo del exterminio. Como ya describimos anteriormente, en ésta etapa, fue muy fluida la colaboración de las víctimas con el estado victimario.

Posteriormente, vendría la **Deportación** procedimiento para el cual se utilizaron mayormente los transportes ferroviarios que funcionaron con el esquema clásico de estos servicios, independientemente que la carga que transportaban eran hombres, mujeres y niños en condiciones infrahumanas. Se debía pagar una tarifa para realizar el viaje hasta el destino mayoritariamente letal, e incluso, los niños pagaban tarifas reducidas. Por supuesto que el pago se hacía con los ahorros expropiados a las víctimas. La alimentación era escasísima y los servicios en extremo precarios, lo que provocaba altísimas tasas de morbilidad y mortalidad contribuyendo al exterminio de los condenados por el régimen nazi por medios muy económicos para el Estado criminal y sus cómplices europeos.

El transporte en trenes fue vital para trasladar a cientos de miles de prisioneros hacia los campos de concentración o exterminio; se trataba de formaciones cuyos convoyes estaban constituidos por vagones destinados originalmente a la carga de ganado. Las condiciones del viaje eran inhumanas, con vagones repletos hasta el hacinamiento (unas 50 personas en cada unidad) donde se producían decenas de muertos debido al hambre, la sed y la ausencia de aire. Las tropas alemanas jamás informaban a los prisioneros el destino de estos transportes para reducir así los posibles conflictos y amotinamientos; a los infortunados se les decía que serían conducidos a campos de trabajo y de labores agrícolas en otros territorios ocupados. Los prisioneros eran inducidos a llevar dinero en metálico que posteriormente sería ro-

bado para engrosar las arcas del régimen nazi. La exposición a las víctimas continuaba una vez llegadas a las estaciones de tren vecinas de los campos de exterminio, allí se los obligaba a dejar sus maletas en los andenes, donde el personal especializado (generalmente prisioneros destinados a estos efectos) se encargaba de abrirlas, separar todos los objetos de valor (ropa, joyas, dinero, gafas, dentaduras postizas, zapatos, prótesis, etc.) que serían utilizados para su venta en Alemania o reciclados para el uso de las tropas alemanas.

Por último y tras la Deportación, llegaba la etapa del Exterminio, donde tras una primera fase salvaje y descontrolada en los territorios de Ucrania, Polonia, Rusia y los países Bálticos que coincide con los éxitos iniciales en el frente oriental, se pasa al exterminio racionalizado. Posiblemente, la decisión del exterminio masivo, eufemísticamente conocida como Solución Final, fue tomada en la primavera de 1941 y la Conferencia de Wansee, (Enero de 1942) el lugar y momento en donde los jerarcas nazis, reunidos en una mansión de descanso en esa localidad próxima a Berlín, se anuncian del camino al definitivo judeicidio.

El **Exterminio** va a contar con un incremento de la racionalidad instrumental sobre la que venimos escribiendo. Las acciones siguen esquemas y protocolos con el fin de optimizar los recursos siguiendo una extensa serie de regulaciones procedimentales que escapan a todo lo imaginado. En todo este proceso maquinal, la razón instrumental está presente y guía los pasos de los asesinos, abarcándolo todo en una tarea de crueldad infinita. La selección para la muerte significaba ser sometido a un rápido proceso de aprovechamiento paroxístico de todos los bienes transportados e incluso del pelo y, post mortem de las incrustaciones de oro de la dentadura. Todo accionar era evaluado desde la perspectiva de los recursos aprovechables, nada era librado al azar.

Desde la llegada del tren hasta la masacre, a veces el proceso era de no más de media hora pero se trataba de conducir a las víctimas intentando no generar pánico sino incluso una sensación de satisfacción por obtener un baño reparador después de viajes infernales, sin alimentos, agua, espacio para moverse, ni baños y siempre durante largas y extenuantes jornadas con climas impropios y severísimos. La promesa de una ducha era vista como una bendición, aunque ya sabemos que esto era un engaño y el paso previo a la muerte por asfixia. No generar pánico, sino muchedumbres dóciles se traducían en ahorro de recursos humanos y armamentísticos para

conducirlas. Generar en los andenes o en el mismo *lager* (*campo*) situaciones de difícil manejo no servía a los objetivos de los verdugos.

Abundan los relatos de las expresiones de satisfacción al recibir de los jefes nazis un discurso de bienvenida con promesas de un futuro amigable y muestran el sarcasmo y la infinita crueldad de quienes veían en los judíos parásitos sociales subhumanos tal cual el modelo difundido por el líder nazi. Se evitaba de esa manera, la resistencia de las víctimas, y esto no era una casualidad, sino una búsqueda racional por parte de los asesinos, como también lo era la utilización de algunos prisioneros en el procedimiento eliminacionista. No todos los Campos fueron manejados todo el tiempo con igual conducta, ya que cada uno de ellos llevó la impronta de quien estaba al mando (en Treblinka los deportados recién llegados eran conducidos a las duchas asesinas sin ahorrarse castigos corporales en el camino), pero en todos ellos fue primando el ordenamiento burocrático racional. Incluso los encargados de los campos que no lograban sostener los procedimientos por impericia o negligencia eran reemplazados por otros más duchos que ponían el *lager* en las condiciones ordenadas por la jefatura.

Pareciera ser que, no siempre el objetivo del Estado nazi fue eliminar al pueblo judío, en sentido estricto, ya que, en un principio, se facilitó su emigración con el objetivo de liberar al pueblo ario de la vecindad parásita del judío, tal cual rezaba el credo hitleriano. Más adelante, se pensó en confinarlos en reservas territoriales alejadas, la estepa rusa, el sur de Polonia o Madagascar, pero las dificultades del frente oriental y el costo de semejante logística modificaron dramáticamente el destino de las víctimas. Así, en 1941, como decíamos anteriormente se resuelve por parte de la *intelligentsia* nazi la Solución Final del problema judío en Europa, eufemismo que significaba lisa y llanamente la destrucción de éste colectivo humano.

Así lo resume Zygmunt Bauman en su obra Modernidad y Holocausto, “... en lugar de producir mercancías, la materia prima eran seres humanos y el producto final era la muerte: tantas unidades al día consignadas cuidadosamente en las tablas de producción del director. De las chimeneas símbolo del sistema moderno de fábricas, salía humo acre producido por la cremación de carne humana. La red de ferrocarriles, organizada con acierto llevaba a las fábricas un nuevo tipo de materia prima. Lo hacía de la misma manera que con cualquier otro cargamento. En las cámaras de gas, las víctimas inhalaban el gas letal de las bolitas de ácido prúsico, producidas por la avanzada industria química ale-

mana. Los ingenieros diseñaron los crematorios y los administradores, el sistema burocrático que funcionaba con tanto entusiasmo y tanta eficiencia que era la envidia de muchas naciones. Incluso el plan general era un reflejo del espíritu científico moderno que se torció. Lo que presenciamos no fue otra cosa que un colosal programa de ingeniería social” (Bauman, 2006). Raul Hilberg, también citado por el sociólogo polaco dirá que, “...la maquinaria de la destrucción no era estructuralmente distinta a la organizada sociedad alemana en su conjunto. La maquinaria de la destrucción era la comunidad organizada realizando una de sus funciones especiales”.

Todo conduce a sostener nuestra idea inicial acerca de que el Holocausto necesitó valerse de una organización burocrática racional para tener el alcance que tuvo e involucrar a funcionarios que reglamentariamente ejecutaron órdenes aberrantes. El exterminio procesado burocráticamente lo dotó de una dinámica organizada por una imprescindible razón instrumental, tal cual la línea argumental que Max Weber describiera y reclamara del Estado alemán treinta años antes. La aplicabilidad del modelo científico para el aumento de la eficiencia, la formalización de los procedimientos, la jerarquía piramidal de las ordenaciones, fueron algunas de las guías implementadas en las prácticas de despojo y asesinato de millones de personas, lo que lleva a reflexionar si la subjetividad valorativa fue relegada, ciega y negada, o en todo caso, se trató de una experiencia orientada a implementar racionalmente objetivos de exterminio a partir de valores de superioridad racial y de deshumanización hacia determinadas poblaciones víctimas.

En 1978 un congreso de sociólogos fue el escenario de una disputa encarnizada entre Richard Rubinstein quien presentó una ponencia en la dirección de estas líneas o sea vinculando la racionalidad instrumental weberiana con el desarrollo de la tragedia europea y Guenther Roth quien defendió la memoria de Weber entendiendo ésta hipótesis como insultante para el sociólogo alemán. Roth se confundió, nadie acusó o acusa a Weber de pro-tonazi o antisemita, desde hace mucho tiempo que se valora el carácter predictivo de sus reflexiones y se las pone en el marco de la historia alemana. No fue la burocracia la que produjo el Holocausto pero fue imprescindible para su realización en términos de la masividad involucrada, en los tiempos y costos que sus procedimientos pudieron alcanzar. El Holocausto, dice Bauman con precisión, “... fue un inquilino legítimo de la casa de la modernidad; un inquilino que no se habría sentido cómodo en ningún otro edificio”, y más adelante reafirma lo que venimos sosteniendo acerca del carácter insustituible de la

racionalización para lograr el fin inmoral del genocidio judío en esa enorme escala “(...) el uso de la violencia es más eficiente y rentable cuando los medios se someten únicamente a criterios instrumentales y racionales y se disocian de la valoración moral de los fines” (Bauman, 2006).

La ceguera moral, la indiferencia y la degradación de los pueblos a perseguir según el discurso de la conducción nazi (judíos, gitanos y eslavos eran propagandizados como razas subhumanas parasitarias) con el objetivo de liberar territorios para permitir obtener el espacio vital (*Lebensraum*) donde habitaría el pueblo (*Volk*) de los vencedores fueron necesarias para dotar a los burócratas nazis de un reaseguro ideológico y económico motivador. No eran sólo unos fanáticos enceguecidos, eran los engranajes de una maquinaria moderna dispuesta a maximizar los recursos para obtener el resultado buscado. Por supuesto que en un proceso de proporciones continentales y durante más de un lustro, no todas las acciones orientadas hacia el exterminio pasan por el tamiz de la racionalidad, lo que nosotros intentamos exponer es una tendencia que nos permite afirmar que la racionalidad moderna era una condición necesaria para llevar a cabo el objetivo eliminacionista.

Toda la acción de los Einsatzgruppen (Grupo de Tareas) que preceden a la Solución Final en Polonia, Ucrania y los países Bálticos durante el año 1941 se parece más a una orgía sangrienta que a una planificación racional. Incluso las matanzas descontroladas de los territorios del Este fueron motivo de queja de algunas tropas e incrementaron el consumo de alcohol entre los soldados tal cual narra Christopher Browning (2002) en su monumental reconstrucción de estos hechos. Pero esas acciones desordenadas e inconexas no eran el camino elegido para la matanza masiva, ya que, la impronta general del Holocausto, a partir de la infausta Solución Final, lleva la huella indeleble de la organización burocrática y sus métodos confiables y eficientes.

Remitiéndonos a la idea weberiana del tipo ideal, debemos reiterar aquí, que no existe un cumplimiento a rajatabla de la impronta racional en el transcurso de todo el genocidio, lo que hay, y esta es una marca indeleble, es un apego a la búsqueda de maximización de recursos para los que la burocracia es una herramienta insoslayable para que los objetivos se cumplan con regularidad y control. Concluimos que, la burocracia fue la condición necesaria para el exterminio bajo la modalidad masiva con la que se llevó a cabo. Existen innumerables epi-

sodios en los que esta condición instrumental queda evidenciada, nosotros recogeremos un puñado pero el universo de los mismos es inabarcable, solamente elegimos algunos ejemplos que ilustrarán la idea:

- Para que los trenes circularan desde los países conquistados llevando su tremenda carga, las tarifas se debían abonar a la administradora ferroviaria, la Deutsche Reichsbahn, y la misma debería ser oblada en marcos alemanes o en dólares estadounidenses. Un transporte de judíos griegos se salvo de su trágico destino porque la compañía de trenes rechazo el pago en dracmas griegas. El celoso apego a la normativa impidió o al menos aplazó en este caso, la segura muerte de un conjunto de victimas.
- Karl Jäger, oficial suizo al mando del Einsatzgruppen 3 (grupo de tareas dedicado al exterminio de judíos durante la campaña del Este) detalla, con enorme minuciosidad, la tarea criminal de su comando describiendo con sumo aprecio por el detalle cada una de las acciones para concluir que “...*puedo confirmar hoy que el Einsatzkommando 3 ha alcanzado la meta de solucionar el problema judío en Lituania: No hay judíos en Lituania*”.

Jager hace evidente gala de su preocupación por dejar asentado en su informe que la tarea ha sido cumplida a satisfacción. El informe que da cuenta de una masacre fenomenal (Vilna, capital de Lituania llego a tener 100 sinagogas, de las cuales hoy solo una queda en pie y fue el centro de estudios religiosos del judaismo mas importante de Europa) tiene el formato de un balance como cualquier otro de una operación industrial en la esfera privada. Un apego absoluto y fiel a los procedimientos burocráticos por encima de la tragedia humana que describe. Por la extensión del mismo solo incorporamos una página, su lectura, que evidencia la fidelidad del comandante a los protocolos y procedimientos reglados solo provoca asombro. En ellas, el jefe criminal describe cada accionar asesino clasificándolo por su fecha, lugar, categoría de los asesinados y termina con una columna numérica que permite la sumatoria de las víctimas.

- Chelmno (Kulmhof) es una localidad polaca que durante el III Reich contaba con uno de los cuatro centros dedicados exclusivamente al exterminio, y junto a Belzec, Treblinka y Sobibor compartían este trágico privilegio. La peculiaridad de este campo era que la muerte se provocaba a través de la asfixia con

07-07-1941	Mariampole	Judíos	32
08-07-1941	Mariampole	14 judíos, 5 funcionarios comunistas.	19
08-07-1941	Girkalinei	Funcionarios comunistas	6
09-07-1941	Wendziogala	32 judíos, 2 judías, 1 lituano, 2 comunistas lituanos, 1 comunista ruso.	38
09-07-1941	Kauen-Fortaleza VII	21 judíos, 3 judías	24
14-07-1941	Mariampole	21 judíos, 1 ruso, 9 lituanos comunistas	31
17-07-1941	Babtei	8 funcionarios comunistas (incl. 6 judíos)	8
18-07-1941	Mariampole	39 judíos, 14 judías	53
19-07-1941	Kauen-Fortaleza VII	17 judíos, 2 judías, 4 lituanos comunistas, 2 comunistas, 1 comunista alemán.	26
21-07-1941	Panevezys	59 judíos, 11 judías, 1 lituano, 1 polaco, 22 lituanos comunistas, 9 rusos comunistas	103
22-07-1941	Panevezys	1 judío	1
23-07-1941	Kedainiai	83 judíos, 12 judías, 14 rusos comunistas, 15 lituanos comunistas, 1 ruso Politruk	125
25-07-1941	Mariampole	90 judíos, 13 judías	103
28-07-1941	Panevezys	234 judíos, 15 judías, 19 rusos comunistas, 20 lituanos comunistas	288
Total hasta el momento	www.elholocausto.net		3.384

monóxido de carbono de las víctimas transportadas en camionetas cuyos caños de escape eran reconducidos a las cajas en donde viajaban los pasajeros. Un informe acerca de la necesidad de mejorar las cámaras de gas móviles, está narrado en un tono técnico que solo puede ser escrito por un burócrata deshumanizado que intenta llegar al objetivo eficientista, sin trepidar en debilidades humanas para poder lograrlo. Las mejoras técnicas necesarias se detallan en la Carta al SS-Obersturmbannführer Walter Rauff dirigida por el oficial Willy Just, el 5 de Junio de 1942. A continuación transcribimos el texto:

"Berlín, 5 de Junio de 1942

RE: Cambios en los vehículos existentes en servicio y a fabricar para Kulmbhof (Chelmo).

Desde Diciembre de 1941 noventa y siete mil han sido procesados con tres vehículos en servicio sin mayores incidentes. Sin embargo, basados en las observaciones hechas hasta el momento se necesitan los siguientes cambios:

1- La sección de carga normal de las camionetas es de 9 yardas cuadradas. En los vehículos Saurer que son muy espaciosos el uso máximo del espacio es imposible, no por un problema de sobrecarga pero por el peligro que a capacidad máxima el vehículo pueda desestabilizarse. Así que una reducción del espacio de carga parecería necesaria. Debe reducirse en forma absoluta una yarda en lugar de tratar de solucionar el problema como hasta ahora que

fue reduciendo el número de piezas de carga. En la forma que se hace ahora se prolonga el tiempo de la operación ya que el espacio vacío necesita llenarse de monóxido de carbono. Por otro lado si el espacio de carga es disminuido y el vehículo se carga a capacidad máxima el tiempo de la operación se reduce significativamente. Los fabricantes durante una reunión previa nos dijeron que una reducción de la parte posterior del vehículo afectaría negativamente el balance del mismo. Según sostienen, el eje frontal se vería sobrecargado. De hecho la sobrecarga se re-balancea automáticamente debido a la tendencia de la mercadería a bordo de correr hacia las puertas de salida de atrás ya que invariablemente se la encuentra yaciendo en esa posición cuando la operación finaliza. De esta manera el eje frontal no se sobrecargaría.

2- La iluminación debe estar más protegida de lo que es ahora. Las lámparas deben estar encerradas en una red de acero para prevenir que sea dañada. De hecho las luces podrían ser eliminadas ya que aparentemente nunca se usan. Sin embargo se ha observado que cuando las puertas se cierran la carga siempre presiona contra las puertas traseras inmediatamente después de que el lugar se pone oscuro lo que hace dificultoso el cierre de las puertas. Esto se debe a que la carga se abalanza en forma natural hacia la luz cuando el lugar se oscurece, lo que hace el cierre de las puertas dificultoso. También debido a la naturaleza alarmante de la oscuridad, siempre hay griterío cuando las puertas se cierran. Por lo tanto sería útil mantener la iluminación antes y durante los primeros momentos de la operación.

3- Para facilitar la limpieza del vehículo debería existir un drenaje sellado en el medio del piso. El orificio de drenaje, de 8 a 12

pulgadas de diámetro estaría equipado con una trampa en declive así los líquidos puede drenar durante la operación. Durante la limpieza el drenaje podría usarse para evacuar porciones grandes de desecho.

Los cambios técnicos citados deberían aplicarse solo a los vehículos en servicio cuando son enviados para reparación. Respecto a los diez vehículos encargados a Saurer deberían ya venir equipados con las innovaciones y cambios que la experiencia y el uso nos indican que son necesarios.

Enviado para la decisión del Gruppenleiter II D SS Obersturmbannführer Walter Rauff

Firmado: Just

El documento es profundamente descorazonador y el lenguaje absolutamente desaprensivo nos obliga a repensar los límites de lo humano. Adolf Eichman, juzgado por sus crímenes durante el Holocausto en los tempranos 60, describió toda su responsabilidad en el proceso como la tarea de un burócrata fiel al cumplimiento de las órdenes recibidas. Solo se soliviantó cuando lo acusaron de haber matado a un prisionero por propia mano; esa acción, decía el criminal de guerra, no ocurrió y no estaba en su microcosmos de burócrata. Su responsabilidad en la deportación de miles de víctimas, su febril tarea para liquidar a los judíos húngaros cuando la guerra mostraba a las claras un destino de irreversible derrota fue mucho menos controvertida por el oficial nazi ya que estaban dentro de su racional apego a la tarea encomendada y se atenía a la resolución de los asuntos reglados por sus superiores.

Reflexiones finales

Vayamos entonces, para concluir, a las palabras de Enzo Traverso (2006), que dejó plasmadas en uno de sus tantos textos indispensables. Dice el historiador italiano sobre la organización dispuesta por el régimen nazi para exterminar a millones de personas con sistemas mecanizados, controlados y supervisados racionalmente, que *“...los procedimientos aplicados en los campos eran perfectamente racionales y científicos, esto es modernos. Auschwitz celebraba esa unión tan característica del siglo XX entre la mayor racionalidad de los medios (el sistema de campos) y la mayor irracionalidad de los fines (la destrucción de un pueblo). O, si se prefiere sellaba con una tecnología destructora el divorcio entre la ciencia y la ética. Auschwitz funcionaba como una fábrica productora de muerte: los judíos eran la materia prima y los medios de producción no eran nada rudimentarios, al menos desde la primavera de 1942, cuando*

los camiones de gas itinerantes fueron sustituidos por instalaciones fijas incomparablemente más eficaces: las cámaras de gas. Allí se mataba con emanaciones de Zyklon B, un tipo de ácido prúsico especialmente preparado por las industrias químicas alemanas más avanzadas. Después los cuerpos de las víctimas ardían en los crematorios del campo, cuyas chimeneas recordaban las formas arquitectónicas más tradicionales del paisaje industrial (...) la racionalidad instrumental del genocidio nazi la encarnaba una multitud de burócratas que, atornillados a sus despachos en los cuatro confines del Tercer Reich y los países ocupados por los ejércitos alemanes, velaban por el buen funcionamiento de la máquina asesina. Como en toda empresa moderna, cada cual ejecutaba tareas parciales y limitadas; pocos podían ejercer un control sobre el proceso en su globalidad. Casi todos eran perfectos burócratas, eficaces y concienzudos, que desempeñaban su labor movidos por el mero cumplimiento del deber. El exterminio era tan impersonal y anónimo como la máquina burocrática que lo ejecutaba. La solución final exigía la participación de todas las instituciones del Estado nazi y de una gran parte de la sociedad alemana, así como la colaboración activa de los gobiernos de los países ocupados (...) aunque era imposible no preguntarse o no saber cuál era la finalidad del sistema, el engranaje podía funcionar perfectamente gracias a la integración de cada una de sus piezas...”

Imposible ser más explícito para describir cómo funcionó la racionalidad instrumental en un esquema vertebrador de la salvaje pero paradójicamente racional tragedia del Holocausto. Los lineamientos del modelo racional-burocrático encuentran en el desarrollo erudito del pensamiento de Max Weber su materialización teórica más reconocida en el mundo académico, ya que la comprensión del rol de la racionalización descrita en su obra fue imprescindible para posteriores desarrollos intelectuales. En aquel concepto se pueden encontrar los argumentos esgrimidos por los burócratas del exterminio al exponer en su defensa a la hora de ser juzgados. Su razonamiento central fue que ellos solo obedecían las órdenes que descendían de la estructura piramidal de mando, en la que estaban insertos como miembros de la organización estatal.

La excusa retórica fue la obediencia debida, concepto que se expuso en aquellos juicios. Al respecto será Hannah Arendt (1999) quien escriba que *“Gran parte de la horrible y trabajosa perfección en la ejecución de la Solución Final (una perfección burocrática que por lo general el observador considera como típicamente alemana, o bien como obra característica del perfecto burócrata) se debe a la extraña noción, muy difundida en Alemania, de que cumplir las leyes no significa únicamente obedecerlas, sino actuar como si uno fuera el autor de las leyes que obedece. De ahí la convicción de que es preciso ir más allá del mero cumplimiento del deber.”*

La estructura piramidal de la organización burocrática del Estado alemán, que permitió el funcionamiento con división de tareas, la coordinación, la impersonalidad de las reglas, la circulación de arriba hacia abajo de los mandatos y las responsabilidades estuvieron presentes en esta práctica de exterminio como columna vertebral de objetivo buscado. Elementos centrales de las sociedades modernas detectados por Weber siendo partes vitales en la modernidad tal como la tecnificación en la gestión administrativa, la organización burocratizada, la evaluación a través de procedimientos contables y las disposiciones subjetivas despersonalizadas de los funcionarios se constituyeron en condiciones necesarias para que la tragedia del Holocausto tuviese el alcance que tuvo. Eso no significa responsabilidad alguna del admirado pensador, ni menoscabo de su figura, al contrario, la comprensión del genocidio en todas sus dimensiones requiere del conocimiento de los conceptos claves de Weber.

El brillante sociólogo pronosticaba el desencanto mundano producto de la racionalización, así como el destino del hombre condenado a un estuche de acero (o jaula de hierro según muchas traducciones) de una vida orientada organizacionalmente. Incluso, anticipaba la llegada de un líder carismático con la potestad de otorgar nuevo sentido a la existencia humana en un mundo invadido por la razón, pero nunca vaticinó la tragedia europea ni la enorme responsabilidad de sus connacionales en la misma. A pesar que Weber reconoce las ventajas y la inevitabilidad de la organización racional formal de los órdenes de la moderna vida social su posición frente al avance de la racionalidad instrumental portaba una visión fatalista, claro que, jamás imaginó que aquello que reclamaba para su patria por el atraso económico frente a potencias rivales que según Weber era producto de la falta de racionalidad del Estado Alemán terminaría siendo imprescindible para el perfeccionamiento de la maquinaria brutal del Holocausto llevado a cabo por los nazis un par de décadas después de su muerte.

Bibliografía

- Arendt, H. (1999) *Eichmann en Jerusalén. Un Estudio sobre la Banalidad del Mal*. Ed. Lumen. Barcelona.
- Aronson, P. y Weisz, E. (2007) La vigencia del pensamiento de Max Weber a cien años de "La ética protestante y el espíritu del capitalismo". Ed. Gorla. Bs. As.
- Bauman, Z. (2011) *Modernidad y holocausto*. Ed. Sequitur. Madrid.
- Bendix, R. Max Weber.(1970) Ed. Amorrortu. Bs. As.
- Black, E. (2001) *IBM y el Holocausto*. Ed. Atlántida. Bs. As.
- Boudon, R. y Bourricaud, F. (1990) *Diccionario crítico de sociología*. Ed. Edicial. Bs. As.
- Brzezinski, M. (2012) *El Ejército de Isaac. La Resistencia judía en la Polonia ocupada*. ED. Clave intelectual. Madrid.
- Browning, C. (2002) *Aquellos Hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*. Ed. Edhasa. Madrid.
- Burrin P. (1990) *Hitler y los judíos. Genesis de un genocidio*. Ed. De la Flor. Bs. As.
- Engel, D. (2006) *El Holocausto. El III Reich y los judíos*. Ed. Nueva Visión. Bs. As.
- Finchelstein, F (2010) . *El canon del holocausto*. Ed. Prometeo. Bs. As.
- Friedländer, S. (2004) *Por qué el holocausto? Historia de una psicosis colectiva*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- Giddens, A. (1994) *El capitalismo y la moderna teoría social*. Ed. Labor. Barcelona.
- Giddens, A. (1997) *Política, sociología y teoría social*. Ed. Paidós. Barcelona.
- Giddens, A. (2000) *Sociología*. Ed. Alianza. Madrid.
- Goldhagen, D. (1997) *Los Verdugos voluntarios de Hitler- Los Alemanes corrientes y el Holocausto*. Ed. Taurus. Madrid.
- Hilberg, R.(2003) *La destrucción de los judíos Europeos*. Ed. Akal. Madrid.
- Kalberg, S. *Los tipos de racionalidad de Max Weber: piedras angulares para el Análisis de los Procesos de Racionalización en la Historia*. En <http://ecaths1.s3.amazonaws.com/maxweber/7170501.3%20-%20Kalberg,%20traducci%C3%B3n%20BJ,%20Revisi%C3%B3n%20EW2.docx>. 1977.
- Kalberg, S. (2008) *Max Weber*. Ed. Prometeo. Bs. As.
- Kershaw, I. (2003) *Hitler*. Ed. Folio. Bs. As.
- Kershaw, I. (2013) *La Dictadura Nazi*. Ed. Siglo XXI. Bs. As.
- Macionis, J. y Plumer, K. (1999) *Sociología*. Ed. Prentice Hall. Madrid.
- Michels, R. (2010) *Los partidos políticos*. Ed. Amorrortu. Bs. As.
- Lowy, M. (2012) *Max Weber y las paradojas de la Modernidad*. Ed. Nueva Visión. Bs. As.
- Noakes, J. y Pridham, G. A (1988) *History in Documents and Eyewitness Accounts, 1919-1945*. Volumen II. J. Schocken Books. Depto. de Historia y Arqueología. Universidad de Exeter. ISBN 0-8053-0973-5 (vol. 1). 0-8052-0972-7 (vol. 2). Documento #913. New York.
- Sereny, G. (2009) *Desde aquella Oscuridad. Conversaciones con el verdugo Frank Stangl, comandante de Treblinka*. Ed. Edhasa. Barcelona.
- Sereny G. (2005) *El Trauma Alemán. Testimonios cruciales del ascenso y la caída del nazismo*. Península. Barcelona.
- Traverso, E. (2003) *La violencia nazi. Una genealogía europea*. Ed. F.C.E. Bs. As.
- Traverso, E. A (2009) *Sangre y Fuego. De la Guerra civil Europea. 1914-1945*. Ed. Prometeo Libros. Bs. As.
- Traverso, E. (2012) *La Historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*. Ed. FCE. Bs. As.
- Traverso, E. (2001) *La Historia Desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los Intelectuales*. Ed. Herder. Barcelona.
- Vidal-Naquet, P. (1996) *Los judíos, la memoria y el presente*. Ed. FCE. Bs. As. Vidal, C. El holocausto. Ed. Alianza. Madrid 1995.
- Weber, M. (2012) *Economía y sociedad*. Ed. F.C.E. México.
- Weber, M. (1985) *Ensayos de sociología contemporánea*. Ed. Planeta Agostini. Barcelona.
- Weber, M. (1997) *Ensayos sobre metodología sociológica*. Ed. Amorrortu. Bs. As.
- Weber, M. (1991) *¿Qué es la burocracia?* Ed. Leviatán. Bs. As.
- Weber, M (1998). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Ed. ISTMO. Madrid.
- Zabludovsky Kuper, G. (2009) *Intelectuales y burocracia*. Ed. Anthropos. Barcelona.
- Zeitlin, I. *Ideología y teoría sociológica*. (2001) Ed. Amorrortu. Bs. As.

